

La propiedad es concebida por los jacobinos como asignada por la ley, ya que el Estado es el propietario general y supuesto de todos los bienes. Por ello, puede limitarla según las necesidades sociales. Pero, a cambio, los jacobinos carecen de programas económicos y sociales concretos, por lo cual no pueden traducir sus ideas a política. Logran instaurar la tiranía de la libertad como forma suprema de la democracia, abriendo el campo al despotismo fundamentalista de las revoluciones totalitarias del siglo XX (comunismo y fascismo), así como al despotismo del individuo (anarquismo). A través de análisis precisos y documentados, Féher logra hacer un cuadro acuciente de las opciones políticas contemporáneas.

La presencia del mito

Leszek Kolakowski

Traducción de Gerardo Bolado, Cátedra, Madrid, 1990

Asegura Kolakowski en este juvenil trabajo: «El mito sólo puede ser asimilado por esta existencia, si le presta un sentido humano universal, vinculante y con relevancia universal. El mito sólo puede ser asimilado si se convierte para la mirada particular en una especie de imposición, a la que está sometida igualmente la sociedad entera, en la que participa el individuo. El mito configurado de valor es, por tanto, renuncia a la libertad, en cuanto impone un modelo dado, y también una renuncia al comienzo absoluto del ser humano, en cuanto intenta situar a éste, es decir, a una sociedad histórica, en una posición ahistórica, absolutamente originaria...» (pp. 29/30).

El mito es, de movida, mito del origen, fundamento, más acá de la historia que no puede historizarse. Pero por ello es, también, la posibilidad de valorar, no tan sólo de medir y convenir. Es salida de la historia y concepción de lo imaginario como un horizonte prehumano. Y posibilidad de trascender la existencia como algo dado, totalidad posible que se mide con lo absoluto. Sin mito no hay valores ni posibilidad de ir más allá de la trama histórica de lo actual. La historia es «rellenada» por el mito, convertida en plenitud y en destino que conduce a un fin. El mito es, según nuestro autor, «El gran trascendedor».

¿Hay un ser humano anterior a la historia, que ha perdido su humanidad en ella e intenta recuperarla, volver a ser originaria y fundamentalment humano? El mito, que

funciona siempre como origen, no es creado ni recreado, sino descubierto (o siempre redescubierto, recontado). También la razón, como fundamento, es, en este sentido, un mito: necesitamos creer que existe una razón universal, única, objetiva y que no es una mera invención social, un resultado de mecanismos biológicos o una forma de combinatoria verbal. La razón sirve para distinguir lo verdadero de lo falso pero, a su vez, no está sometida a tal juicio. Se acepta por fe, por opción mítica. Argumenta contra la contingencia (la razón es pura y universal necesidad) pero no fundamenta su legitimidad.

También es mítico el Eros: la totalidad del anhelo, la vivencia de originalidad que hay en el acto sexual, la supremacía del origen y del todo sobre las partes, la carencia de atribuciones y pretensiones, la infalibilidad, el paraíso del amor donde los místicos (Bernardo de Claraval) unen el amor y la satisfacción en el cielo que es el lugar donde todo está siempre comenzando y no hay otra cosa: origen eterno: mito.

En el terreno filosófico, vemos al mito actuar en el acto de descubrir palabras por medio de otras palabras. La filosofía esclarece verbalmente al ser, que es inconcebible como objeto y cuya presencia, por ello, no es objetual. El mito trasciende tanto el mundo de los objetos como la potencia del lenguaje: es el horizonte de la comunicación científicamente legítima. También es mítica la libertad del otro, ya que no se puede sostener como hipótesis ni como tesis. Esto es así porque «todo pensamiento expresado en un juicio universal posee ciertamente motivos pero ningún fundamento» (p. 70).

El mundo, concluye Kolakowski, no es necesario ni contingente. Es lo que es y no remite a nada que sea distinto de él mismo. Por ello, no se cuestiona ningún fundamento. El único fenómeno que limita, que pone al mundo ante el no-mundo, es la muerte. Es la escena por medio de la cual todos los hijos somos, finalmente, expulsados de la casa paterna. El mundo es indiferente, infundado, autosuficiente. Podemos conquistarlo como un botín, por medio de la tecnología, pero no vencer su indiferencia (natural) ni obtener reciprocidad de él.

El suicidio aparece como el intento de asegurar nuestra propia ausencia del mundo y suprimir la indiferencia mundana. El mito, en este orden, es la maniobra simétrica: acabar con la indiferencia del mundo. Actuamos míticamente cuando adquirimos consciencia de nuestra deuda con el ser.

Lloro por King Kong

Pablo Sorozábal

Tellus, Madrid, 1990

Nacido en 1934, hijo y padre de músicos homónimos, Sorozábal ha sido conocido antes como compositor y fotógrafo que como escritor. Nuestros lectores saben de sus críticas y ensayos. Su poesía édita (*La calle es mentira*) y su narrativa (*La última palabra*) vienen después. Esta novela que ahora comentamos es anterior a la publicada en primer término y ello se advierte tanto en la temática como en la técnica.

La última palabra es una meditación irónica sobre la atracción incompatible de la palabra y el cuerpo, personificados en el varón narrador y la mujer amada, una seductora histérica y escénica que conduce al personaje del narrador y al relato como texto, hacia esa última palabra impronunciable que el cuerpo sabe y no dice.

Lloro por King Kong nos lleva a otro mundo. Si bien transcurre como la anterior, en espacios cerrados desde donde se evocan imaginarias o perdidas aperturas, se refiere a una época y a una sociedad: la España que va desde la inmediata preguerra civil a los años del incipiente desarrollo. En torno a un cadáver que se está velando (no casualmente el muerto se llama Reyes) se reconstruye un conglomerado de réprobos y elegidos por la suerte histórica, por medio de flashes que van y vienen en el tiempo.

El ámbito concluso, el cadáver, la falta de puntos y aparte crean una atmósfera de encierro agobiante, donde es difícil respirar. Un medio social y un tiempo de encierro, reclusión, ambiente viciado y descomposición cadavérica son el acompañante alegórico de este relato intenso y, a la vez, conciso, de trámite cinematográfico y claves muy cercanas al lector español de estas décadas.

La última palabra apelaba a otra articulación. Los episodios de la novela aparecían dotados de cierta autonomía, como si fueran cuentos, que podían leerse abiertamente, alterando el orden textual. *Lloro por King Kong*, en cambio es una unidad compacta, que evoca el mundo del calabozo y el cuarto de castigo. De algún modo, entre privilegiados y desdichados, toda aquella sociedad fue encerrada en un lugar de confin, obligada a pactar con su propio silencio y su propia alienación

La muerte y la mano derecha

Robert Hertz

Selección, prólogo y traducción de Rogelio Rubio Hernández, Alianza, Madrid, 1990

Perteneciente a la brillante escuela antropológica francesa de principios de siglo (Durkheim, Mauss, Saintyves, etc.), Robert Hertz (1882-1915), muerto en acción de guerra y en plena juventud creadora, llega, tardío y seguro, a nuestro idioma.

Los dos trabajos aquí incluídos se familiarizan teniendo en cuenta las investigaciones de aquella escuela y los sociólogos, antropólogos e historiadores que la suceden en Francia (Bataille, Caillois, Dumézil, Girard, etc.). Tienen que ver con las distinciones primarias de lo sagrado y lo profano en las sociedades primitivas y en la instauración social de la muerte como punto de partida de la cultura. Los «primitivos» imaginan que morir es pasar del mundo visible de los contemporáneos al mundo invisible de los ancestros, lo cual se traduce en la ceremonia penosa del velatorio y en la orgía jubilosa de la inhumación. Un poco, lo que pasará luego en las sociedades modernas con la categoría de «historia».

El otro ensayo analiza las connotaciones que tienen la derecha y la izquierda, datos «naturales» que permiten a las culturas antiguas generar una lógica binaria que permanece, luego, en las oposiciones de nuestra escolástica y en los intentos de síntesis de nuestra dialéctica. Lo diestro y lo siniestro; lo sagrado y lo profano, lo masculino y lo femenino, la religión y la magia, se distinguen e identifican a partir de esa dualidad primordial, orgánica, que tiñe de diferencias sexuales todo el mundo simbólico del primitivo. Y al decir primitivo, decimos también lo primordial de nuestra cultura.

En suma: un aporte de primera calidad a la bibliografía antropológica y una recuperación editorial de comparable importancia.

Ensayos críticos acerca de la literatura europea

Ernst Robert Curtius

Traducción de Eduardo Valentí, Visor, Madrid, 1989

En su extrema madurez (1950, con agregados de 1954), Curtius decidió reunir esta miscelánea, que concentra más